

DISERTACION
SOBRE
LA MARAVILLOSA APARICION
DE NUESTRA
SRA. DE GUADALUPE



MEXICO.
Tip. y Encuadernacion de A. Vanegas.
ENCARNACION 9 y 10.

VALE SEIS CENTAVOS.

DISERTACION

DE LA MILAGROSA APARICION

DE

NUESTRA SEÑORA

DE GUADALUPE

ESCRITA POR EL DR.

**D. JOSÉ PATRICIO FERNANDEZ
DE URIBE,**

*Canónigo penitenciario que fué de la Iglesia
CATEDRAL DE MEXICO.*



MEXICO.

TIP. Y ENCUADERNACION DE A. VANEGAS.
Encarnacion números 9 y 10.



AL LECTOR.

Habiendo manifestado varias personas el deseo de que publicáramos un extracto de la Milagrosa aparición de Nuestra Madre Santísima de Guadalupe; hoy gustosos lo hacemos, porque, como mexicanos, creemos prestar un servicio á nuestros compatriotas, publicando el presente, sacado de uno que publicó en Madrid el Señor Canónigo penitenciario que fué de la Iglesia Catedral de México, el Doctor D. José Patricio Fernandez de Uribe; si como esperamos, el público reciba bien éste pequeño trabajo, se verán cumplidos los deseos de

LOS EDITORES.



BREVE NOTICIA
DEL SUCESO
Y CIRCUNSTANCIAS DE LA APARICION
DE
NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

CONTABANSE diez años y poco ménos de cuatro meses de la conquista temporal de México á los fines del año de 1531, cuando la adorable Providencia quiso servirse de un prodigio de su amor y de su poder para su espiritual reduccion y conquista. No estaba aún bien apagado el fuego de aquella guerra que trajo á la América septentrional la más tranquila y dulce paz; trabajaban los primeros esforzados españoles, bajo las órdenes del prudente, valeroso é invicto Don Fernando Cortés, unos en arreglar lo conquistado, y otros en nuevas conquistas, y los ministros evangélicos en sembrar y cultivar en el terreno fecundo de los indios la sagrada semilla del evangelio. Los religiosos franciscanos (dignos de ser venerados como los apóstoles de éste nuevo mundo) llevaban por varias partes de él el nombre y la religion de Jesucristo, y establecidos en *Tlaltlilolco*, barrio principal de esta ciudad, se empleaban gloriosamente en predicar y enseñar á los indios que de todas las riberas de México acudian á ellos para ser catequizados é instruidos. Entre éstos venia frecuentemente á *Tlaltlilolco* á oír la santa misa y explicacion de la doctrina cristiana un indio

pobre y plebeyo, que ántes de su conversión se llamó *Quauhllatoatzim*, y en el bautismo tomó el nombre de Juan Diego. Era natural de *Quauhhtilan*, pueblo que dista seis leguas de México al Norte, y vecino de *Tolpeltac*, distante dos leguas de esta ciudad. En el rumbo que traía Juan desde su pueblo á *Tlaltlilolco*, al Norte de México y á una legua de distancia, se levanta una pequeña montaña ó cerro, que internándose y acercándose más á la ciudad que los otros que rodean el valle en que está situada, fué llamada *Tepeyacac*, que quiere decir *extremo ó punta de los cerros* y literalmente traducida la voz *nariz de los cerros*. Esta inculta montaña, hendida en varias partes desde la falda á la cumbre, no presenta sino quiebras y estériles riscos que no producen más que secos abrojos y espinas. Por el pasaba Juan, el sábado 9 de Diciembre de 1531, subiendo por la parte del Oriente, y al descender la cuesta por la falda que mira al Occidente, le sorprendieron por los ojos y por los oídos una música dulce y armoniosa, y un arco iris de varios hermosos colores formado de los reflejos de una brillante luz. Acercóse con aquel valor que dan la piedad y la inocencia de costumbres, y levantando los ojos descubrió una hermosísima Señora en aquella forma y trage en que se venera su imágen, que llamándole con dulces voces, le mandó que subiese á lo alto, donde ella estaba. *Hijo mio Juan*, le dijo: *¿dónde vas?* El indio respondió que iba al barrio de Tlaltlilolco á asistir

á la explicacion de la doctrina y oír la misa
 que decían aquel día en honor de la Virgen
 Santísima. "Hijo mio [le dijo la Señora] yó
 "soy la siempre Virgen María, madre del
 "verdadero Dios, criador de cielos y tierra
 ".....es mi deseo que se me labre un tem-
 "plo en este sitio, donde como piadosa ma-
 "dre tuya y de tus semejantes mostraré mi
 "clemencia amorosa, y la compasion que
 "tengo de los naturales y de aquellos que me
 "aman y buscan, y de todos los que solicita-
 "ren mi amparo, y me llamaren en sus tra-
 "bajos y aflicciones, y donde oiré sus lágri-
 "mas y ruegos para darles consuelo y alivio;
 "y para que tenga efecto mi voluntad has
 "de ir á la Ciudad de México y al palacio
 "del obispo que allí reside, á quien dirás que
 "yó te envío, y como es gusto mio que me
 "edifique un templo en éste lugar, y le refe-
 "rirás cuanto has visto y oído; y ten por cier-
 "to tú que te agradeceré lo que por mí hi-
 "cieres en esto que te encargo, y te afamaré
 "y sublimaré por ello: ya has oído hijo mio
 "mi deseo, vete en paz y advierte que te pa-
 "garé el trabajo y diligencia que pusieres: y
 "así harás en esto todo el esfuerzo que pue-
 "das.» Prometió humildemente obedecer, y
 ejecutó el indio embajador con puntualidad
 y presteza el órden de la Madre de Dios. Llegó
 al palacio del Illmo. Sr. D. Fray Juan de
 Zumárraga, y puesto en su presencia, le re-
 ferió sencilla y puntualmente la órdren de
 María Santísima con lo demás que hemos
 referido. Y aunque el venerable obispo oyó

con admiracion suceso tan extraño, haciéndole varias preguntas sobre él, sospechando en el indio, ó alguna imaginacion soñada, ó alguna ilusion maliciosa, le despidió remitiendo para otro tiempo más oportuno la respuesta.

Desconsolado y triste caminaba Juan Diego al declinar la tarde del dia 9, por el acostumbrado rumbo del *Tolpetlac*, y llegando al lugar en donde habia visto y hablado á la Reyna del cielo, levantó no sin pena los ojos y vió que la Señora aguardaba en el mismo sitio la respuesta. Expresole Juan la benignidad con que le habia recibido y escuchado el obispo; pero añadió, que colegía de la tibieza con que le despidió, reservando á otro tiempo el exámen del caso, que no dando crédito á su embajada, la atribuía á ilusion ó capricho suyo; que por tanto encomendará éste negocio á persona noble, principal y autorizada, y no á él pobre, humilde y villano. “No me faltan, hijo mio muy amado
 “(respondió con dulce voz la Vírgen Santa)
 “sirvientes y criados á quienes mandar, si
 “que tengo muchos que pudiera enviar, si
 “quisiera, y que harían lo que les ordenase;
 “más conviene mucho que tu hagas éste negocio y le solicites, y por intervencion tuya
 “ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo
 “y así te ruego, hijo mio, y te ordeno que
 “vuelvas mañana á ver y hablar al obispo,
 “y le digas que me labre mi templo que le
 “pido, y que quien te envía es la Vírgen María Madre del Dios verdadero.» El siguien-

te dia domingo, despues de cumplir el humilde Juan Diego con la asistencia de la santa misa y la explicacion de la doctrina cristiana en el templo de *Tlatitilco*, ocurri6 á la casa del obispo, y despues de aguardar mucho tiempo consigui6 verle y repetirle el 6rden de la Madre de Dios, protestando con humildes l6grimas su verdad, y que volvia solamente por obedecer á la Se6ora.

Hizo mucha impresion en el cuerdo y sabio 6nimo de aquel prelado el nuevo mensaje, considerando justamente, que la repetida instancia de Juan, á pesar de la genial pusilaminidad de los indios, indicaba un superior impulso. Repregunt6le muchas veces la substancia y circunstancias del suceso, y resueltamente le dijo: que negocio tan grave no podia acreditarse con su simple dicho; que respondiese á la Se6ora que le enviaba, que le diese alguna se6al que confirmara ser ella la autora de su embajada, y que era su voluntad lo que decia. Prometi6 Juan con sencilla entereza volver á la Se6ora y pedir la se6al como se le mandaba; y el obispo, no poco admirado de la prontitud y seguridad de la promesa, siempre cuidadoso de no caer en el extremo de una ligera credulidad, 6 en el de una n6mia desconfianza, aunque despidi6 al indio con aspereza, orden6 á dos familiares suyos de fidelidad y juicio que le siguieran disimuladamente hasta el puesto que 6l se6alaba de la aparicion de la Santa V6rgen, y observaran lo que pasase para seguro desengafio de la verdad 6 falsedad del

mensajero. Siguiéronle en efecto a lo léjos, pero sin perderle de vista y sin ser vistos de él; más luego que pasaron el puente cercano al cerro, y llegaron á la que hoy es plaza de la Villa, se les desapareció repentinamente. Rodearon el cerro, registraron sus cuevas y quiebras; pero en vano, porque nada vieron ni oyeron de lo que deseaban.

Avergonzados los criados, y casi corridos de ver burlada su diligencia, atribuyeron esto á una de aquellas obras de hechicería, de que los españoles (las más veces sin causa) notan á los indios. Ponderaron su sospecha al obispo, cuyo ánimo procuraban irritar contra Juan Diego, solicitando en su descrédito la venganza de la que ellos imaginaban irrisión con que los había engañado. Entre tanto Juan Diego subía á la cumbre del cerro en dónde le aguardaba María Santísima, y humillado en su presencia le refirió cuanto le había pasado con el obispo, las muchas preguntas que le había hecho y la respuesta que por último había dado reducida á que la Señora, para acreditar ser suya la embajada, le enviase alguna señal de ser la Madre de Dios quien le enviaba, y quien ordenaba se le fabricase templo en aquel sitio. Yó, Señora, [concluyó Juan Diego] le prometí pedirte la señal, mándame tú ahora lo que debo ejecutar. "Hijo Juan, [le dijo con la más "tierna afabilidad la Señora] vuelve mañana á verme, y yó te daré señal que baste á "que den crédito á tus palabras. y á que seas "despachado favorablemente. Ven, pues,

“mañana á este mismo lugar y no te olvi-
“des.”

No socegaba en este tiempo el venerable Zumárraga, creció sus sospechas contra Juan Diego con las informaciones de sus familiares sobre lo acaecido últimamente; pero estaban altamente impresas en su ánimo la entereza, las instancias del mensajero, y aquel carácter de sinceridad que se deja, no sé como, traslucir en las palabras y en el semblante; aumentóse esta interior batalla de sus dudas, porque en todo el día siguiente lunes no había vuelto Juan Diego con la respuesta. La causa de la demora fué, que llegando este á su casa el domingo, halló gravemente enfermo de una aguda y peligrosa fiebre, que los indios llaman *cocolliztli* á un tío suyo, nombrado Juan Bernardino. Todo el día lunes empleó en buscar médico y medicinas para socorro del enfermo; pero no minorando la fiebre, se resolvió Juan Diego el miércoles á ir á *Tlaltitlco* á llamar á algun religioso que administrase á su tío los Santos Sacramentos. No podia Juan seguir el rumbo ordinario para *Tlaltitlco*, sin pasar por el cerro en que había visto tres veces á la Santa Virgen, y discurriendo que el peligro del enfermo no sufría dilaciones, y que en aquella urgencia debía preferir la misericordia á la obediencia, con una santa sencillez é inocente ignorancia, se resolvió á huir de la presencia de María Señora, no acercándose al sitio en que se le había aparecido. Dejando pues el rumbo por donde

habia de subir á la cumbre del montecillo por la parte del Oriente, tomó otra senda baja, cerca de la falda del cerro, caminando por el rumbo del Mediodia, cerca del lugar en que mana una fuente de agua, que hasta en el dia se conserva. Caminaba Juan apresurado, sin atreverse á levantar los ojos hácia la cumbre; pero, cuando iba más satisfecho de haber escapado de aquel dulce y sagrado estorbo, le salió al encuentro María Santísima, sin dejarle otro arbitrio que arrodillarse humilde y avergonzado para escusar su fuga con la causa ya dicha de atender al espiritual socorro de su tio. "No temas [le dijo la "Reina del cielo] y está seguro de que tu tio "Juan Bernardino en este mismo punto está "enteramente sano." Conmovero Juan Diego con este anuncio, pidió á la Señora que le diese la señal que habia de llevar al obispo en confirmacion de su embajada. Mandóle entónces la Madre de Dios, que subiese á la cumbre del cerro en que la habia visto y hablado; que cortase las rosas que allí hallaría; que las recogiese en su tilma y se las trajera. No ignoraba Juan que en aquel lugar, en todo tiempo estéril y solo fecundo de abrojos y espinas, no podia haber flores en el rigor del invierno; pero pudiendo más su fé, subió á la cumbre en donde halló multitud de olorosas y fresca, flores que recogió en su tilma y llevó á la Virgen María. Tomólas la Señora con aquellas manos depositarias de la Omnipotencia, cuyo contacto puede convertir en fragantes rosas las pun-

zantes espinas, y volviéndolas á poner en la manta de Juan Diego, le dijo: "Estas flores son la señal que has de llevar al obispo; no muestres á persona alguna lo que llevas, ni desenvuelvas la tilma, sino en presencia del obispo, á quien dirás, que ya le envío la señal que ha pedido, que cumpla luego con la fábrica del templo que le he ordenado."

Llena de cuidado, é igualmente penetrado de júbilo, se encaminaba á gran prisa Juan Diego á casa del Prelado; llegó á ella, y pidió con instancias á los criados que le avisasen y le pidiesen audiencia. Negáronse á sus repetidas instancias, y observando que Juan recataba y escondia algo en su tilma, impaciente su curiosidad por registrarlo, primero con persuaciones y despues con violencia, le hicieron estender algún tanto la tilma, en la que descubrieron cantidad de flores. Representábanse á sus ojos éstas verdaderas; pero cuando querian saciar su curiosidad por el tacto, se persuadian á que se habia engañado su vista no pareciéndoles sino unas rosas ó pintadas, ó tejidas en la manta.

Movidos de este extraordinario suceso avisaron al venerable Señor Zumárraga de la venida del indio, y de lo esquisito de las flores que traía. Introducido Juan á su presencia, refirióle cuanto habia pasado desde el domingo, la aparicion y mandato de la Señora de que volviese allí el lúnes siguiente para darle la señal que pedia; la enfermedad de su tio, causa de no haber obedecido

puntualmente; su salida con destino de ir á *Tlaltitlco*, y el nuevo rumbo que tomó por huir de la Virgen; la aparicion de la Señora á pesar de su fuga. y las dulces palabras con que le habia mandado que cortando aquellas flores en el cerro, y recogiéndolas en su manta significase al obispo, que aquella era la señal por la que habia de conocer que era su voluntad que se le fabricase en aquel sitio un templo. Dijo, y desplegando los dos estremos de la tilma arrojó sobre una mesa cercana muchas olorosas y frescas flores, manifestándose al mismo tiempo estampada en su tosco *ayate* la santa hermosa imágen que hoy se venera en su santuario de Guadalupe de México. Cuales fueron entónces la sorpresa, el asombro, los afectos de veneracion y de piedad que ocuparon los ánimos del obispo y demás circunstantes, es más fácil contemplarlo que decirlo. Mantuviéronse no poco tiempo suspensos y casi absortos; más al fin, cediendo el pasmo y la admiracion á la reverencia y á la devocion, desató el Señor Zumárraga el nudo con que traia Juan Diego pendiente del cuello su venturosa tilma, y con el más profundo respeto la condujo á su oratorio y de allí á la Iglesia Catedral, que entónces solo era parroquial, de donde la trasladó despues á la primera ermita que se levantó en el *Tepeyacac*.

No se descuidó el prudente prelado en averiguar el portento y las circunstancias de la repentina sanidad de Juan Bernardino. Computóse la hora en que María Santísima

habia asegurado á Juan Diego la salud de su tío, y éste declaró, que en ella misma se le habia aparecido la Señora en la forma y traje que representa su imágen; que á su presencia se habia sentido perfectamente sano; y finalmente dijo: que la Madre de Dios le habia mandado refiriese todo esto al obispo previniéndole de su parte la edificacion de casa y templo en el sitio señalado por su sobrino; y que quería que su milagrosa imágen se llamase *María de Guadalupe*.

Este es en compendio el portentoso suceso de la aparicion Guadalupeana, que ha llenado al mundo todo de asombro, y ha sido para la América un fecundo manantial de beneficios. Comenzó desde entónces á ser el dulce objeto del amor, de la devocion y de la confianza de México, y á la manera de aquellos rios que, miéntras más se alejan del origen y manantial en donde nacen, son más caudalosos y abundantes de aguas, la devota piedad ácia nuestra imágen se aumentó más y más en la dilatada carrera de dos siglos y medio; pero como el curso de los tiempos, aunque no entibiase la devocion arrebatada con la muerte de aquellos testigos oculares ó coetaneos á la aparicion, cuyo testimonio conservava firme su memoria, ocurrió la prudencia á buscar en las escrituras auténticas un mudo, pero seguro testigo que afianzara su verdad en las edades venideras. Comenzáronse despues de un siglo á solicitar con más empeño estos preciosos documentos: registráronse cuidadosamente los públicos

archivos; conspiraron la curiosidad y la erudición á reconocer antiguos papeles; pero á pesar de sus esfuerzos quedaron burladas sus diligencias sin poder hallar las informaciones, que sin duda se creía formaríá el venerable Zumárraga para autenticar éste milagro. Recurrióse á los antiguos historiadores ó coetaneos, ó inmediatos á aquel tiempo, y tampoco se encontró en ellos noticia clara é individual del prodigio. Estos dos puntos, aquella falta y este silencio, han servido siempre, aunque no de tropiezos á la piedad, de motivos de un amargo sentimiento. Nosotros, ántes de esponer los solidísimos fundamentos en que se sostiene este milagro, haremos lo que los que caminan por sendas escabrosas y difíciles, que primero quitan los tropiezos y estorbos que retardan sus pasos para proseguir con más seguridad allanado el camino. Cuántos han discurrido sobre la falta de instrumentos auténticos de esta celestial aparicion, suponen como cierto que el Señor Zumárraga cuidó de su formacion, y se esfuerzan en alegar razones que hagan verisímil su pérdida. Pero sin apartarnos de este rumbo tan llano haremos ver primero: que aunque este prelado no hubiera practicado diligencia jurídica sobre el portento, ni ésta omision argüiria en él negligencia ó descuido, ni serviria de argumento contra su sólida credibilidad, pues cuando se intenta averiguar lo cierto, no yerra quien por diferentes rumbos, aunque opuestos, procura hallar la verdad por medio de lo más virisímil.

TIPOGRAFIA

Y ENCUADERNACION

ENCARNACION NUMS. 9 y 10.

DE VENTA

Las Oraciones y Alabanzas siguientes:

Diario Guadalupano.—Trisagio de la Santísima Trinidad.—Sombra de Señor San Pedro.—Jesus Amoroso.—Pues padeciste.—Las Siete Palabras —Venid pecadores.—La Paloma blanca.—Visita diaria al Santísimo.—Nuestra Sra. de Monserrato.—Las Animas benditas.—Contemplacion de la Santa Misa.—Cartilla del Niño Jesus.

NOVENA

*para los nueve dias de jornadas con
pastorela y sin ella.*